

¡Cuántas sombras amadas,  
consagrandó al amor sus verdes años,  
vagarán desterradas,  
de quimeras sembradas,  
cogiendo, como tú, los desengaños!

Si hallases por el viento  
seres que fueron mi pasada gloria,  
cuéntales mi tormento,  
por el dolor que siento  
al relatar tu plañidera historia.

Di que sus ayes vanos  
nadie oye aquí, porque los turban luego  
los rumores insanos  
de esos monstruos humanos  
que el mundo van talando á sangre y fuego.

Si tal vez doloridos  
quieren herir la mundanal conciencia,  
que apaguen sus gemidos,  
porque á muertos y á idos,  
sepulcros del amor labra la ausencia.

Tan sólo yo, viviendo,  
vuestro clamor enamorado escucho.  
¡Quién me diera á ese estruendo  
corresponder, rompiendo  
la cárcel vil en que afanado lucho!

III

## DESENGAÑOS

*Don Luis.—Elvira.—El alma en pena*

Los pies sobre el pavimento,  
las sienes sobre una almohada,  
contra un sofá reclinado,  
don Luis de Castro descansa.  
En tal actitud no hay sueño,  
trasgo, ilusión ni fantasma,  
que no nos hiera la mente,  
ó no nos divierta el alma.  
Graves, tristes ó risueñas,  
juntas ó desparramadas,  
se ven circular visiones  
en rápido panorama,  
que ya del hondo sepulcro  
de nuestros recuerdos se alzan,  
ó ya desde un falso oriente

las aborta la esperanza;  
y por eso se oyen cantos  
que hallan eco en las entrañas,  
y se ven tiernos semblantes  
que fuego en las mismas hallan;  
y todas se miran y oyen,  
y todas en lontananza,  
con rasgos de verdaderas  
y caracteres de falsas,  
como si fuese otro mundo,  
que sostenido en el aura  
va, viene, se agranda ó acorta,  
para, gira, sube ó baja,  
que hastía, alegra ó entristece  
á gusto del que lo alcanza.

Se abrió de pronto una puerta,  
y, apareciendo una dama,  
un diálogo de improviso  
ella y D. Luis así entablan:

ELVIRA

¡Luis!

LUIS

¡Elvira!

ELVIRA

Irene ha muerto.

LUIS

¿Ha muerto?

ELVIRA

¡Desventurada!

LUIS

¡Dios la tenga en su morada!

ELVIRA

¿Lo sientes?

LUIS

No.

ELVIRA

¿Cierto?

LUIS

Cierto.

Turbado don Luis sin duda  
 por su inquietud momentánea,  
 no oyó uno de esos suspiros  
 que, al resbalar de callada,  
 parece que de su asiento  
 el corazón nos arrancan.  
 Lamentos que á nuestro lado  
 tal vez quejosas levantan  
 de algunos seres perdidos  
 las sombras enamoradas,  
 que, de un fatal desengaño  
 la hiel al probar amarga,  
 sembrando remordimientos  
 y doblando nuestras ansias,  
 acusan con hondas quejas  
 de nuestra fe la inconstancia.  
 Ayes sin ruido, que sólo  
 hieren en su fondo al alma,  
 que sin pregonar su origen  
 nacen, crecen, la desgarran;  
 mas que comunmente ahogados,  
 del mundo entre la algazara,  
 como con don Luis ahora  
 desapercibidos pasan.

LUIS

Siéntate á mi lado, Elvira.  
 (Lo hizo con rostro halagüeño.)  
 ¿Me amas?

ELVIRA

Como á único dueño.  
 (Por cierto que era mentira.)  
 ¿En tu memoria no lucha  
 de Irene el amor perdido?

LUIS

Ni aun recuerdo si ha existido.  
 (¡Ay de su alma si lo escuchal)  
 Solo sé, Elvira, que quiero,  
 cuando á tu lado me miro.  
 (Y aquí sonó otro suspiro  
 tan hondo como el primero.)  
 Ya sabes que un matrimonio  
 al morir don Juan, mi tío,  
 formó, diciendo:—Luis mío,  
 dejo á Irene un patrimonio.  
 A legártelo me allano,  
 si con su mano te avienes.

—Sí, dije: tomé los bienes;  
 murió y olvidé su mano.

Te vi, te amé, y en seguida  
 de ella apartando la fe,  
 entretenerla pensé,  
 y al fin murió entretenida.

Y si soñando ternezas  
 ya ha muerto, hoy en mis desvelos,  
 cuantos á Irene di celos,  
 pagaré á Elvira en finezas.

Espíritu que vagando  
 del torbellino en las alas,  
 creste hallar puro el centro  
 de tus amorosas ansias,  
 ¡oh, cuántas quejas al cielo  
 contra la doblez humana  
 elevarás, engañado,  
 en tus dolientes plegarias!  
 ¡Triste Irene, que, encendiendo  
 de tu corazón la llama,  
 todos tus dones quemaste  
 de un falso dios ante el ara,  
 y condenándote el cielo  
 por oblación tan profana  
 á desentrañar el pecho  
 del ídolo que adorabas,  
 ves el sagrario vacío,  
 oyes sus promesas falsas,  
 tocas tu dios y es un sueño,  
 tu dicha una sombra vana,  
 quedando al vaivén funesto  
 de tu fortuna contraria,  
 llenos de horror tus recuerdos,  
 falta de luz tu esperanza!  
 Mas del corazón del hombre  
 ¿cuál otro don esperabas  
 sino el seductor halago  
 de engañadoras palabras,  
 torpes gustos que destruyen,  
 hiel rebozada con ámbar,  
 pesares que mienten goces,  
 y caricias que desgarran?  
 Ahora, Irene, que en vano  
 sordos suspiros ensayas,  
 que nunca á herir el instinto  
 de nuestras potencias bastan,  
 busca, alma en pena, pues lloras,  
 del fiero don Luis el alma,

y atórméntala con celos,  
llore con la tuya aunada,  
ahogue secretas penas,  
víctima de ocultas mañas;  
lamente glorias perdidas,  
gima tu perdida gracia,  
y cúmplanse al mismo tiempo  
su venganza y tu venganza.

(Y después que sonrieron,  
y uno al otro se miraron,  
la plática que empezaron  
Elvira y don Luis siguieron.)

LUIS

¿Y cuándo, á mi ruego, humana,  
nuestros amorosos brazos  
sellarán eternos lazos?

ELVIRA

Cuando tú quieras.

LUIS

Mañana.

De sus estímulos siervo,  
viendo la dicha cercana,  
quiso disfrutarla acaso  
don Luis, ahorrando tardanzas,  
y estrechando embebecido  
de Elvira la mano blanca,  
sus ojos voluptuosos  
fijó en su frente de nácar,  
mientras que ella al turbio brillo  
mostrándose fascinada,  
entre si quiero ó no quiero,  
ora cruel, ora mansa,  
ya con candores fingidos,  
ya con inquietudes falsas,  
tanto se esquivó mañosa  
cuanto se brindó con maña,  
creyendo dar á su amante,  
en afecciones tan varias,  
de su candor claro indicio  
y de su honor muestras claras.  
Don Luis redobló su esfuerzo,  
y tules venciendo y gasas,  
fué poco á poco asaltando  
de su hermosura el alcázar;

y ya con torpes arrobos  
iba á coronar sus ansias,  
cuando esforzándose Elvira  
como si un áspid hollara,  
con estudiada apostura  
cruzó de pronto la estancia,  
y exclamó desde la puerta  
sonriéndose:—*¡Mañana!*—

Quedóse de pie el de Castro,  
inmóvil como una estatua,  
dulcemente saboreando  
de su entonación la magia;  
y fomentando en su mente  
locuras de la esperanza  
vió un porvenir alumbrado  
de siempre risueñas albas,  
torpes deseos cumplidos,  
luchas de amor coronadas,  
fiestas, nupcias, devaneos,  
placeres, músicas, danzas,  
á cuyo encantado aspecto  
dijo con placer:—*¡Mañana!*—

Y luego, como si oculto  
algún ser se deslizara,  
que en su tránsito absorbiese  
los sueños de sus palabras,  
tras el conjunto risueño  
de amores, bailes y galas,  
traslució un mundo poblado  
de ensangrentados fantasmas,  
deshechos planes de gloria,  
de amor mentidas alianzas,  
placeres desencantados,  
sangre, cadáveres, dagas...  
Y cual si hiriese su frente  
el talismán de una maga,  
y con pincel invisible  
trazase un lema en las auras,  
absorto, meditabundo,  
llena de inquietud el alma,  
con ojos desencajados  
leyó con horror:—*¡Mañana!*—

## IV

## PRESENTIMIENTOS

*Don Luis.—Elvira.—Don Pedro.—El alma en pena*

Muestra de lejos la dicha  
tanto encontrado fanal,  
que ignora el hombre ofuscado,  
en dónde la dicha está.  
Hacia la luz más cercana  
corre con íntimo afán,  
y aunque al llegar ve el engaño  
de su resplandor falaz,  
dobla rebelde su empeño,  
y con resuelto ademán  
sigue el rastro de otra lumbre  
que resurge más allá;  
y así van muriendo dichas,  
y antorchas naciendo van,  
y el hombre las sigue todas,  
al lado de cada cual  
suspira, llora y alienta,  
para correr más y más.

Por eso don Luis el día  
de su brillante sponsal,  
cuanto más se acerca al gusto,  
lo ve desde más atrás;  
que es atributo preciso  
de nuestra estrella fatal,  
que el placer que vimos lejos  
se trueque cerca en pesar.

En vano sacude á veces  
alguna sombra tenaz  
que sigue á su mente inquieta  
como el acero al imán,  
pues siendo un ser increado,  
fantásticamente real,  
va y viene con terco empeño  
donde don Luis viene y va.  
Confuso embrión de envidias,  
de celos y de maldad,  
de oscuros presentimientos  
tan pródigo manantial,  
que cuando á su amante Elvira  
torna risueño la faz,

sólo mira en ella á un áspid,  
que va en su pecho á abrigar.  
Norte de desconfianzas,  
brújula de enemistad,  
pues ve pasar receloso,  
con la inquietud de un rival,  
á todo el que en tono alegre,  
en la apariencia galán,  
canta de su esposa Elvira  
la peregrina beldad,  
y hasta el disimulo observa,  
más receloso quizá,  
de cuantos viendo su dicha  
indiferentes están,  
odiando, hecho un caos su juicio  
del más insondable mar,  
á unos porque más hablan,  
y á otros porque callan más.

¡Triste condición del hombre  
que levantando un altar  
donde el afán acumula  
de toda su larga edad,  
la inquietud de algún recelo,  
el sinsabor de un azar,  
le impelen á que destroce  
sus ídolos suspicaz,  
viendo miserablemente  
entre sus plantas rodar  
el fruto de tantos años,  
el premio de tanto afán!

En medio de sus placeres  
devora á don Luis un mal  
de origen desconocido,  
pero de aguda entidad,  
que en el ardor de su fiebre  
no acierta á calificar,  
pues sólo ha visto una sombra,  
pero una sombra no más,  
que era quizá la de Irene,  
si no era un ángel quizá,  
la que de su mente ciega  
se esfuerza por desechar:  
y así entre dudas confuso,  
de distinguirla incapaz,  
ahogando presentimientos,  
ríe en su fiesta nupcial,

trocada en infierno el alma,  
y la cabeza en volcán.

Bulle el grotesco tumulto  
en algazara infernal:  
ya de la excitante orquesta  
al voluptuoso compás,  
ya en el festín descocado,  
en impura bacanal,  
de copas y de botellas  
al atronador chocar,  
unos bailan, y otros gritan,  
porque en orgía tan brutal  
nadie ignora que sin tregua  
manda la necesidad  
gritar mientras que haya acento,  
y beber hasta rodar.

Y no falta uno que entre ellos  
busque la felicidad,  
y crea ver en los rostros  
de Elvira y don Luis la paz,  
mientras que aquélla forjando  
algún sacrilego plan,  
se cubre de la sonrisa  
con el mentido disfraz,  
y éste las llagas oculta  
de un invisible puñal  
que el corazón lentamente  
despedazándole está.

Entre el montón de quimeras,  
que le desconciertan más,  
pretende huir la zozobra  
de un recelo pertinaz,  
que le conduce, abismado,  
y le arrastra á su pesar  
donde don Pedro de Lara  
camina con torva faz,  
ya hacia abajo, ya hacia arriba,  
ora adelante, ora atrás;  
y en vano don Luis procura  
los ojos de él apartar,  
pues le persigue, llevado  
de su celosa ansiedad,  
cual si el poder le arrastrara  
de un secreto talismán;  
y si una vez por acaso

el rostro vuelve al pasar,  
otra vez vuelve, y le mira  
con más chocante ademán,  
pues le parece que al punto  
cruza el aire una deidad  
que le murmura al oído:  
—Allí va Lara, allí va.—

Y si es cierto que las sombras  
de los que murieron ya  
á cuantos seres amaron  
vuelven á la tierra á amar,  
sin que ellos tengan noticia  
de su constante amistad,  
pues sólo las ven soñando  
en lontananza pasar;  
tal vez los manes de Irene  
los que le avisan serán  
el doble trato de Elvira,  
de Lara la falsedad;  
y acaso también le inspiren  
aquel instinto especial  
con que sondea sus almas,  
cuando engañándole están,  
don Pedro fingiendo enojos,  
mostrando Elvira solaz.

Rayó por fin la alta noche,  
y como en giro cabal  
el sueño sigue al desvelo,  
y al gusto la saciedad,  
á dormitarse empezaron  
todos, cuál menos, cuál más,  
que lo que es grato al principio,  
es desabrido al final.

Y huyendo de los curiosos  
la despedida mordaz,  
sus dicharachos comunes  
y su ironía vulgar,  
tendió don Luis una mano  
á su adorada mitad,  
y de una puerta secreta  
al trasponer el umbral,  
en vano quiso de Irene  
la sombra tras sí dejar;  
pues á su espíritu asida,  
en tétrica vaguedad,

le fué siguiendo, su pecho  
 trocando en llama voraz;  
 por lo que airado el de Castro,  
 de sí empezó á blasfemar;  
 que del deber los recuerdos  
 son para el hombre un dogal.

v

## ILUSIONES PERDIDAS

*Don Luis.—Elvira.—El alma en pena*

Desde el dintel de la vida  
 hasta el borde de la tumba,  
 va el hombre sembrando el germen  
 de su dicha ó desventura.

Y en vano si espinas coge,  
 maldice la tierra inculta,  
 pues creer que nace otro fruto  
 más que el que siembra, es locura.

Arroja al aire atrevido  
 mil esperanzas confusas,  
 que son de mil desengaños  
 tantas imágenes turbias.

Levanta en su idea faros  
 para que alumbren su ruta,  
 y nubes de pensamientos  
 sus resplandores ofuscan.

Por los tormentos que hoy sufre  
 impreca á su suerte dura,  
 é ignora que ayer sembraba  
 los males que hoy le circundan.

Si de ayer el devaneo  
 los males de hoy nos anuncia,  
 el de hoy podrá ser mañana  
 de nuestro bien sepultura.

Y jamás llamara el hombre  
 á su Providencia injusta,  
 si antes de entrar en la huesa  
 volviere á mirar su cuna.

Así á lo doble atendiendo  
 de su pasada conducta,  
 es fuerza que resignado  
 don Luis sus tormentos sufra.

Nubló la dicha de Irene  
 con sus engaños y dudas,  
 y con sus dudas y engaños  
 nublará Elvira la suya.

Ambos, huyendo el desorden  
 de sus agitadas nupcias,  
 la soledad por testigo  
 de sus confidencias buscan.

Y sólo en la oculta estancia  
 se ve, á una luz moribunda,  
 del blanco lecho en que duermen,  
 el cortinaje que ondula...

¡Mil veces feliz quien logra  
 tocar así la ventura,  
 y en ella á saciarse impuros  
 todos sus anhelos junta!

¡Y mil y mil veces triste,  
 el que en horrible tortura  
 mira usurpar el tesoro  
 en donde sus dichas funda!

¡Oh, qué dolor tan intenso  
 es cuando en la noche oscura  
 voluptuosas escenas  
 la imaginación dibuja,  
 y se ve á un ser adorado  
 terciar amoroso en una,  
 y que á un rival más dichoso  
 besa su boca perjura!

¡En vano entre ambos entonces  
 nuestro pensamiento cruza,  
 de nuestro amor excitando  
 reminiscencias oscuras,  
 pues abrumados al peso  
 de tan sabrosa coyunda,  
 piensan en sus gustos sólo  
 hacer sus caricias mutuas,  
 sin que un recuerdo consagren  
 á nuestras glorias ya mustias,  
 ni un don á nuestra constancia,  
 ni un premio á nuestra ternura!

¡En vano en giro invisible  
 allí nuestra mente lucha,  
 y con añejas memorias  
 desavenencias formula,  
 porque dos almas, que el gusto  
 recíprocamente aúna,  
 jamás de un voto el recuerdo  
 sus contentamientos turba;  
 y uno tras otro, extasiados,  
 placer tras placer consuman,  
 mientras que tristes nosotros  
 ninguno enjugar procura  
 las lágrimas que entretanto  
 por nuestra faz se derrumban!